
Porque me cambió la vida

Alicia González Romero

Maestra en Ciencias de la Enseñanza de las Matemáticas. Profesora del Departamento de Estudios Políticos del CUCSH de la UdeG. alicia.gromero@academicos.udg.mx

Querido maestro José Luis de la Torre Ramírez. Difícil resistir la tentación de escribir un poco de tu grandeza como profesor y compañero de trabajo.

Se acaba de abrir la convocatoria para publicar un artículo en el libro “Maestros que dejan huella” y lo menos que podría hacer ante todas tus enseñanzas sería hablar un poco de ellas y de ti, como excelente ser humano. Justamente ahora que acabo de cumplir 63 años y me encuentro en la costa, tratando de organizar un poco las reparaciones necesarias de la casa que construyeron mis padres, recuerdo que me comentaste que la edad es un factor determinante. Que, si las personas se cansan después de los 50, después de los 60 es peor.

Curiosa es la vida. Actualmente, soy maestra de matemáticas y estadística. Y siempre me gustaron las ciencias exactas. Cuando era pequeña, rápidamente entendía los problemas que implicaban razonamientos lógicos, pero más de alguna vez me ganaron las inquietudes existenciales y terminaba castigada en la dirección. Estudié la primaria en el Colegio Guadalupe. Mis maestras fueron monjitas y recuerdo que una vez la directora, como castigo, me pidió que me aprendiera las tablas de multiplicar, pero, gracias a que mi padre las dominaba muy bien, se le ocurrió la idea de que me aprendiera las tablas del 10 al 15. En aquel entonces, las tablas del 1 al 10 se encontraban escritas en la pasta posterior de los cuadernos, así que no me quedó otra que reconstruir las del 11 al 15, porque no estaban escritas en ningún lado. Cuando llegó la hora de salida, el maestro de deportes fue el encargado de verificar que realmente había cumplido con el castigo. Recuerdo que le presté la hoja en la que tenía escritos mis cálculos y que, para no verse mal ante el resto de los directivos, prefirió no consultarlas.

De esa manera, me fue preguntando, y ante su desconocimiento, me decía que el resultado estaba bien.

Pasaron los años, y admiro a mis padres por su gran paciencia. Entré a la secundaria técnica para señoritas. Exconvento de San Agustín, actualmente Escuela de Música de la Universidad de Guadalajara. Las aulas, totalmente improvisadas con bloques de concreto y sin ventanas, no eran la mejor opción para motivar el aprendizaje de tantas adolescentes juntas, así que al finalizar mi segundo año de secundaria me quedaron 5 materias para repetir en extraordinario, entre ellas, matemáticas. El hablar de ti, en este artículo, no le resta importancia a personajes que han pasado por mi vida. Así fue como un novio, “El mago Miguel”, me ayudó a entender el álgebra. Fue así como, después de librar batallas, llegué a la preparatoria 5, con el célebre Dr. José Jurado Parres como director. En aquel entonces, teníamos tres días con materias básicas en la preparatoria, dos días en tecnológicas y uno en desarrollo de la comunidad. Como siempre me ha gustado el campo y los animales, decidí optar por la especialidad en plantas de ornato, que estaba ubicada en el área de industriales, en el espacio ahora conocido como CUCEI. Fue ahí que, por azares del destino, durante dos semestres fui admiradora fiel de ti y de tus clases de matemáticas, querido maestro José Luis. Recuerdo que escribías todas las explicaciones en el pizarrón con letra perfectamente alineada y clara. Después de anotar y transcribir, a nosotros nos explicabas en qué consistía el tema. Nos dejabas como trabajo ejercicios muy similares a los explicados en clase. Contigo entendí perfectamente que una ecuación se refería a una igualdad, como su nombre lo indica. Fui tu fiel aprendiz; llegaba a casa y desarrollaba todas mis tareas de álgebra y trigonometría en papel milimétrico y en mi cuaderno. Era algo mágico el poder comprobar que los resultados de los ejercicios planteados coincidían en su representación gráfica y algebraica.

En los exámenes me fue muy bien. Recuerdo perfectamente y todavía lo conservo, el examen que con tu letra perfectamente alineada me escribiste: “*Mis más sinceras felicitaciones, Alicia*”.

Fue tanto mi orgullo, que se lo enseñé a mi mamá. Ella me dijo: “*Qué letra tan bonita y clara tiene tu maestro; se observa en ella que es una persona segura de sí misma*”.

Apenas tenía 18 años. Fue así como transcurrió un año completo de verdaderas matemáticas...

Francamente, no puedo decir qué tanta fue la influencia que tuviste en mi decisión de cambiar de carrera. En lugar de estudiar Agronomía o Biología, terminé estudiando la Licenciatura en Matemáticas.

Transcurrieron los años y Dios sabe por qué hace las cosas. En el año 2000, cuando estaba pasando por situaciones difíciles, coincidimos en el Congreso Nacional de Enseñanza y Aprendizaje de las Matemáticas. Nos encontramos o te encontré en un pasillo del CUCEI. Curiosamente, en el lugar en el que 20 años atrás había sido tu estudiante. Te saludé y te recordé quién era. No creo que me hayas identificado fácilmente. Sin embargo, te comenté que había estudiado la carrera de matemáticas y que estaba buscando trabajo. Fue entonces cuando anotaste mi nombre y teléfono en un papel.

El teléfono sonó en casa. Eras tú, que, con tu voz segura y amable, recuerdo que le comenté a la psicóloga que entonces estaba conmigo. Me pediste mi currículum y me citaste en tu cubículo, que se encontraba en la Licenciatura en Sociología en el CUCSH. Debo reconocer que no fue fácil elaborar mi expediente. Era la oportunidad de trabajo que siempre había deseado.

Cuando llegué, el Departamento de Sociología y tu cubículo estaban pulcramente limpios y ordenados. Revisaste rápidamente mi currículum, y sin escuchar quién era ni de dónde venía, me llevaste a la Licenciatura en Estudios Políticos e Internacionales y me presentaste. Fue ahí en donde, después de cinco años de trabajo en el Sistema de Educación Media Superior (SEMS), trabajando sin contrato formal, fui apoyada por ti para que tuviera un nombramiento como maestra de asignatura. A partir de ese momento, empecé a trabajar con estudiantes de las licenciaturas en Filosofía y Estudios Políticos e Internacionales.

Como era nueva en las carreras, no faltaban los problemas. Sin embargo, me comentaste: “Los grupos son como las personas. No todos son iguales”. Es necesario adaptarse a ellos. Algo que me gustaba de ti es que no centrabas las pláticas en los problemas. Rápidamente canalizabas las energías en la producción de material didáctico y en actividades propias de la academia.

Una vez me invitaste a dar clases de Estadística. Yo te comenté que no conocía los temas. Fue así como regresé a tus aulas como estudiante y asistente. Segura estaba de que iba a estar frente a un excelente maestro. El 11 de septiembre del 2001 llegué a tu primera clase. Día triste para la humanidad. Recuerdo que, hablando solo, mencionaste que era el fin del mundo. Sin embargo, no suspendiste tu clase ni mencionaste nada al respecto. Un consejo que ahora recuerdo. “Sé profesional”, “No debes expresar tu sentir con tus alumnos”.

Desde entonces he sido integrante de la academia de Análisis de Datos Cuantitativos y del Cuerpo Académico de Estudios Sociológicos. Años de trabajo, estudios y enseñanzas. Organización de coloquios, elaboración de material didáctico y juntas de academia.

Años de continuo trabajo y estudio. En el 2013, me entregaste un oficio en el que me asignaron el cargo de presidenta de la academia de Análisis de Datos en la Licenciatura en Estudios Internacionales. Decidiste jubilarte.

Gracias a ti, como profesor y gran amigo, continúo impartiendo clases de matemáticas y estadística en las licenciaturas de Sociología y Estudios Políticos.

Es así que cuando encuentro estudiantes inquietos o escépticos del aprendizaje de las “ciencias duras”, recuerdo tu paciencia, optimismo e ingenio para despertar el cariño y el aprendizaje de tan bonita ciencia.

Seguí teniendo comunicación contigo por WhatsApp. Siempre con mensajes positivos y transmitiendo enseñanzas de los lugares visitados con tu esposa. Me comentaste que compraste una casa en Manzanillo y que le faltaba el internet.

El penúltimo mensaje recibido fue hablado y mencionaba algunas frases como las que siguen: “Si usted llegó a los 60 años, cuídese de todo... Repetir es palabra maldita y prohibida. Repetir matrimonio, ni loco... Volver a cantar “te ahogas mi vida, volver a nadar... será flotar... Si después de los 60 usted no siente nada, es porque ya se murió...”

Ante la pregunta: ¿Cómo estás después de los 60? El 4 de octubre del 2023, enviaste un mensaje que decía: “Lo más importante en

la vida es tener a Dios en tu corazón, tu familia... tus amigos, la salud, el buen humor y una actitud positiva hacia la vida...

No me dijiste que estabas enfermo. Lydia Serna, el 13 de octubre del 2023, nuestra querida compañera de la Licenciatura en Sociología, me escribió para preguntarme si sabía algo de ti. Fue entonces cuando me comentó que estabas delicado en el hospital. Tu cuñada, Soledad González, nos estuvo informando sobre tu salud...

Curiosamente, las cosas iban mejor cuando iba en el coche, manejando hacia la escuela y escuchando música. De repente sonó la canción de: "Recuérdame... hoy me tengo que ir... recuérdame, hoy tengo que emigrar..."

Fue entonces cuando te lloré. Tu cuñada nos informó más tarde que ya tenías muerte cerebral.

El día de tu funeral, el 28 de octubre del 2023, me tocó presenciar las anécdotas que todos tus hijos, nueras y esposa decidieron narrar. Entonces comprendí que detrás de un gran hombre, hay una gran mujer y una gran familia. Como si fuera una fiesta, todos coincidieron en destacar tu forma de disfrutar la vida, enfatizando tu costumbre de organizar eventos y reuniones con un itinerario antepuesto.

En tu funeral tuve la oportunidad de platicar con Ezequiel Zárate, que, junto con otro compañero, decidieron entregar una corona con el siguiente mensaje: *"Porque me cambió la vida"*.

Estoy segura de que muchos estudiantes como ellos hubieran entregado una corona similar. Familiares y asistentes, te llevamos en el corazón, corazón y entrega hacia los necesitados. Segura estoy, querido maestro José Luis, de que por tu gran corazón estás en paz con Dios. Estoy segura de que tus hijos, esposa y aquellos que tuvieron la oportunidad de convivir y recibir los conocimientos tuyos estarán muy agradecidos.

¡Muchas gracias, querido Maestro José Luis!